

“Si el día 20 de noviembre hemos conseguido una abstención electoral de más de un cincuenta por ciento, le diremos al gobierno: ¡Basta ya! ¡No nos representáis! Y si controlamos un millón de trabajadores..., la revolución estará hecha con solo querer”.

El día de las elecciones el boicot fue aún más activo. Grupos de la FAI asaltaron varios colegios electorales en decenas de pueblos de Valencia destrozando cerca de 40 urnas y matando a un interventor de DRV que les intentó plantar cara en Torrent. En Cádiz, Gijón, Siruela, Ronda... se intentó impedir por la fuerza la constitución de los colegios electorales. En Barcelona una bomba dejó sin luz al Paralelo y grupos armados tirotearon el cuartel de Atarazanas y a los cuerpos de seguridad.

A pesar de los actos de boicot las elecciones siguieron adelante. La abstención parecía respaldar las palabras de Durruti; aunque en general se dieron datos de en torno al 33%, en los feudos anarquistas subió considerablemente: 50% en Huesca y gran parte de Teruel, 40% en Zaragoza y Barcelona, el 50% en Ibiza, Málaga y Sevilla, 60% en Cádiz... A pesar del boicot las derechas ganaron la primera vuelta de las elecciones.

En el paréntesis previo a la 2.^a vuelta los anarquistas aumentaron la intensidad de sus actuaciones; se asaltaron armerías, en Barcelona hubo una campaña de bombas que acabó con la vida de un alférez del ejército, en Cuenca la FAI mató a dos militantes de la Juventud de Acción Popular, el día 2 de diciembre en Palomas hubo una sublevación anarquista rápidamente sofocada. Y el 26 de noviembre se creó el Comité Revolucionario formado por Durruti, Cipriano Mera, Isaac Puente, Rafael García Chacón, Rafael Casado Ojeda, Augusto Moisés y Miguel José Alcrudo, Antonio Ejarque, Felipe Orquín, Ramón Andrés, Joaquín Ascaso, Pedro Falomir, José Logroño, Valentina Sáez y Manuel Salas... que se trasladó a Zaragoza.

La insurrección se planeó dividiendo al país en tres grandes zonas: la “roja” que comprendía las regiones de Aragón, Navarra y La Rioja donde se había de iniciar la revolución



y donde los anarquistas tenían que actuar con total determinación. En las zonas “azules” donde predominaba la implantación anarquista, como en Cataluña, se convocarían huelgas generales que se convertirían en insurreccionales. Y en las zonas “verdes” de predominio socialista, centro y norte del país, se convocarían paros generales tendientes a obtener el apoyo de los y las trabajadoras de izquierdas. En regiones como Andalucía y Valencia coexistían zonas rojas y azules. Este reparto por zonas demostraba la flaqueza del plan anarquista; había amplias zonas del país donde su implantación era escasa pero confiaban ciegamente en que tanto los obreros de UGT como los simpatizantes del PSOE no les dejarían solos ante el fascismo a pesar de la negativa de sus líderes.

El que la insurrección estaba mejor organizada que la de enero lo demuestra tres hechos: el primero que se organizaron y crearon “hospitales de campaña” en las zonas de conflicto como el dirigido por Isaac Puente en el barrio zaragozano de San Pablo, bajo dominio anarquista durante varios días. El segundo fue la participación de las mujeres organizadas en grupos de avituallamiento, tanto de municiones como

de alimento, y por último la elaboración de un manual revolucionario en el que se daban indicaciones a los grupos de cómo actuar. Dentro de este manual se recomendaba, como primer paso, cortar las comunicaciones para tratar de aislar a las autoridades de la localidad correspondiente, ejemplos de sabotajes, cómo preparar dinamita, consejos prácticos para montar barricadas, señalar edificios públicos y religiosos como objetivos... todo ello en una estrategia de guerra de guerrillas.

Mientras, los anarquistas se preparaban para echarse a las calles el gobierno hacía lo propio para impedirlo: se desplegaron patrullas en las zonas de mayor implantación anarquista, se incrementaron los registros, se retiraron armas de las armerías, se detuvo a decenas de anarquistas; entre ellos al propio Durruti, Paco Ponzán o Joaquín Ascaso, se cerraron sedes de la CNT, se clausuró el periódico *Solidaridad Obrera*... Pero no se logró impedir la insurrección. Aunque se adelantó del 9 programado al 8 de diciembre, por imprevistos en Barbastro y Zaragoza, la CNT y la FAI se echaron a la calle a lo largo de todo el país; lo que no sabían era que las autoridades se habían hecho con los planes

anarquistas en una detención masiva en Zaragoza ese mismo día 8. La insurrección estalló en la localidad oscense de Barbastro; a las 16:30 de ese día 8 estalló en Zaragoza. El día 9 se extendió por el resto del Estado. El gobierno respondió declarando el estado de alarma y acuartelando la tercera parte de las guarniciones militares del país. El llamamiento a sumarse a la insurrección y a instaurar el comunismo libertario tuvo eco en 32 provincias. Zaragoza, Barcelona, Valencia, Logroño, La Coruña, San Sebastián, Gijón, Granada, el Bajo Aragón, Huesca, Córdoba, Badajoz... y en decenas de pueblos se intentaron extender las huelgas revolucionarias, se proclamó el comunismo libertario y los enfrentamientos con las autoridades causaron decenas de muertos y heridos. En las ciudades se practicó la guerra de guerrillas con pequeños grupos de hombres y mujeres armadas que hostigaban a las autoridades desde los tejados. Ciudades paralizadas por las huelgas, ataques a edificios públicos, quema de iglesias y conventos, intento de asaltos a cuarteles y cárceles, corte de comunicaciones, explosiones generalizadas... El intento de cortar el transporte ferroviario para evitar el movimiento de tropas tuvo con-